

S. BERNARDO ABAD DEL LIBRO SOBRE EL AMOR A DIOS O TRATADO A
HAIMERICO CARDENAL Y CANCELLER DE LA SANTA IGLESIA ROMANA.

582 ADVERTENCIA AL OPÚSCULO VIII.

1. Aunque el siguiente opúsculo es uno de los primeros libros compuestos por Bernardo, considero que casi ninguno es más digno de Bernardo o más útil para la religión que este. Pues, ¿qué puede ser más digno de un doctor católico o más útil para la república cristiana que predicar, inculcar e incluso defender el primer y máximo mandamiento, del cual dependen los demás, sin el cual los demás no sirven de nada? Ese mandamiento, digo, que cada día es atacado y tratado de debilitar por el amor propio de cada uno, la codicia y las interpretaciones perversas de los hombres. Por lo tanto, la Apología de Berengario, discípulo y defensor temerario de aquel Abelardo, quien insolentemente insulta a Bernardo por el tratado que escribió sobre el Amor a Dios, merece perpetuas tinieblas, ya que dice: "Sobre esto, nadie duda", ni cualquier mujerzuela, ni cualquier idiota extremo. Pero el amor divino siempre ha tenido sus adversarios: cuyo precepto, si bien los cristianos no niegan con palabras, muchos lo niegan con hechos; e incluso algunos, con interpretaciones erróneas, lo reducen a la nada, de modo que hoy se permite impunemente cuestionar y dudar si Dios, el mejor, el más grande, creador, conservador y redentor, debe ser amado con algún acto especial de amor por cualquier cristiano, al menos una vez en la vida. Por lo tanto, no en vano Bernardo se propuso recomendar este divino precepto al cardenal Haimérico, como si fuera una obra valiosa, enseñando en este opúsculo, cap. 2, n. 6, que Dios debe ser amado "sin medida"; que es inexcusable cualquier "incluso infiel, si no ama al Señor su Dios con todo su corazón, toda su alma, toda su fuerza." Además, la fe exige que se ame tanto más cuanto más se valora uno a sí mismo. "Si debo todo de mí," dice, cap. 5, n. 15, en persona de todos, "por haber sido creado, ¿qué añadiré ya por haber sido redimido, y redimido de esta manera?"

2. En este libro, el santísimo pregonero y doctor del amor divino describe con precisión y emoción su modo, causas, origen, grados y obligación. El modo, que debe ser amado "sin medida," es decir, de la mejor manera posible; las causas, el mérito de Dios y nuestro beneficio; el origen, desde el amor propio al amor de Dios, hasta el olvido y desprecio de uno mismo; los grados, el amor propio, el amor a Dios por uno mismo, luego por Él mismo, y finalmente, casto y puro; es decir, amor propio, mercenario, filial y beatífico; y finalmente, la obligación, que concierne a gentiles, judíos, pero sobre todo a cristianos. Todo el tratado es sobre el amor que consiste en afecto: que aunque dice que no puede cumplirse perfectamente en esta vida, de modo que excluya todo temor y codicia, sin embargo, afirma que es el fin y objetivo hacia el cual debemos tender incesantemente y sin descanso. Finalmente, este mismo amor proviene del don de Dios, no de un afecto innato; así exclama en el cap. 6, n. 16: "Dios mío, mi ayudador, te amaré por tu don y a mi manera, menos de lo justo, pero ciertamente no menos de lo que puedo. Aunque no puedo tanto como debo, no puedo más de lo que puedo. Podré más cuando te dignes darme más, pero nunca como mereces." Esta es toda la doctrina y economía de este librito.

3. Bernardo inculca la misma doctrina en otros lugares, como en el sermón sobre la Cuádruple Deuda, que es el vigésimo segundo entre los Diversos; y no enseña otra en el sermón quincuagésimo sobre el Cantar de los Cantares, donde distingue una doble caridad, una "en acto" y otra "en efecto." Y "sobre aquella que es de obra, se ha dado la ley a los hombres, y el mandamiento está formado. Pues en el afecto, dice, ¿quién lo tiene como se manda? Por lo tanto, aquella se manda para el mérito, esta para el premio." Sin duda, se prescribe la caridad o amor a Dios con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza: de modo que el amor sea perenne, indeficiente, perfecto, no retardado ni disminuido por ninguna cosa

creada: lo cual no sucederá sino en la otra vida. Pero otra caridad en efecto apunta a que todas nuestras acciones se refieran a Dios. Pues tan lejos está de que la caridad en efecto, según la mente de Bernardo, excluya el amor de afecto, que al contrario lo incluye. Porque Bernardo no aprueba el amor efectivo (como lo llaman) seco, vano, puramente externo y judaico, sino que exige uno interno unido a la obra: interno, ya que es caridad y amor; con obra, ya que está en efecto. Que esta es la opinión de Bernardo en ese lugar lo demuestran claramente las palabras que siguen allí. "No digo esto," dice, "para que estemos sin afecto y solo movamos las manos a las obras. Leí entre otras cosas que escribe el Apóstol, que entre los males y graves males de los hombres, se cuenta también el estar sin afecto." Luego enseña qué afecto requiere para las obras de caridad, habiendo mencionado que hay tres tipos de afecto: el primero "que engendra la carne;" el segundo "que gobierna la razón;" el tercero "que condimenta la sabiduría;" luego añade: "Por lo tanto, por el segundo se hacen las obras, y en él está la caridad, pero no aquella afectiva que, condimentada con la sal de la sabiduría, engorda, importando a la mente una gran multitud de la dulzura del Señor: sino más bien una cierta caridad actual, que aunque aún no satisface con aquel dulce amor, sin embargo, enciende vehementemente con el amor del mismo amor." Esta es la caridad en efecto que Bernardo dice que es mandada por Dios, inferior ciertamente a la tercera o beatífica que "elimina la primera, recompensa la segunda," como dice allí: "Así, pues, el amor que supera cualquier otra deuda, debe reinar en nosotros como único; para que lo que se debe a los demás, lo reclame para sí y hagamos todo por amor," dice el Santo en el sermón duodécimo sobre el salmo XC, n. 7. Esto sobre el argumento del siguiente librito.

4. Por lo demás, fue dirigido por Bernardo a Haimerico o Aimerico, cardenal y canciller de la Santa Iglesia Romana, como lo presentan todos los códices manuscritos, excepto uno de Colbert, que tiene "Ascelino," pero erróneamente, según el mismo Berengario, apologista de Abelardo, que prefiere a Aimerico. El libro fue escrito bajo el pontificado de Honorio II, quien creó a Haimerico canciller. Gaufrido en el libro tercero de la Vida de Bernardo, capítulo octavo: "Si se busca la devoción religiosa de una mente piadosa, se debe pasar a las homilias en las Alabanzas de la Virgen Madre, y a aquel libro que escribió sobre el Amor a Dios." Haimerico era un francés del pueblo de Castra cerca de Bourges, creado cardenal por Calixto II en 1121, canciller por Honorio II alrededor de 1126, y murió en 1141, siendo un amigo singular de Bernardo, según otras cartas.

584 PREFACIO.

Al ilustre señor HAIMERICO, diácono cardenal y canciller de la iglesia romana,
BERNARDO, abad llamado de Claraval, vivir en el Señor y morir en el Señor.

Soliais pedirme oraciones, no cuestiones: y ciertamente no confío en ser idóneo para ninguna de las dos. Sin embargo, aquello lo impone la profesión, aunque no tanto la conversación: pero para esto (para ser sincero) veo que me faltan las cosas que parecerían más necesarias, la diligencia y el ingenio. No obstante, confieso que me agrada que por lo carnal pidáis lo espiritual, si bien hubiera sido mejor hacerlo con alguien más rico. Porque tanto los doctos como los indoctos tienen la costumbre de excusarse en estas cosas, y no es fácil saber qué excusa proviene verdaderamente de la ignorancia y cuál de la modestia, si no lo prueba la obediencia a la obra impuesta: recibid de mi pobreza lo que tengo, para que no se me considere filósofo por callar. Sin embargo, no prometo responder a todo. Solo responderé a lo que preguntáis sobre el amor a Dios, según lo que Él mismo me dé. Pues esto es lo que sabe más dulce, se trata con más seguridad y se escucha con más utilidad. Reservad lo demás para los más diligentes.

CAPÍTULO I. Por qué y cómo debe amarse a Dios.

1. ¿Queréis, pues, oír de mí por qué y cómo debe amarse a Dios? Y yo: La causa de amar a Dios es Dios mismo; el modo, amar sin medida. ¿Es esto suficiente? Quizás sí, pero para el sabio. Sin embargo, si también soy deudor a los insensatos (Rom. I, 14); donde basta lo dicho para el sabio, también a ellos se les debe complacer. Por lo tanto, para los más lentos, no me importará repetir lo mismo de manera más extensa que profunda. Por una doble causa, pues, he dicho que Dios debe ser amado por sí mismo: ya sea porque nada más justo, ya sea porque nada más fructífero puede ser amado. En efecto, se genera un doble sentido cuando se pregunta sobre Dios, por qué debe ser amado. Pues se puede dudar qué se duda principalmente; si por su propio mérito Dios, o ciertamente por nuestro propio beneficio debe ser amado. Ciertamente, a ambos respondería lo mismo; no me parece que haya otra causa digna de amarlo, aparte de Él mismo. Y primero veamos el mérito. Pues mucho ha merecido de nosotros, quien incluso a los indignos se dio a sí mismo. ¿Qué mejor que a sí mismo podía dar Él mismo? Por lo tanto, si se busca el mérito de Dios cuando se busca la causa de amarlo, eso es lo principal: porque Él nos amó primero. Digno ciertamente de ser correspondido, especialmente si se considera quién, a quiénes y cuánto amó. ¿Quién, pues? ¿No es aquel a quien todo espíritu confiesa: Dios mío, tú eres, porque de mis bienes no tienes necesidad? (Sal. XV, 2.) Y verdadera es esta caridad de la majestad, ciertamente no buscando lo que es suyo. ¿A quiénes, pues, se muestra tanta pureza? Cuando aún, dice, éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios (Rom. V, 10). Amó, pues, Dios, y gratuitamente, y a los enemigos. ¿Pero cuánto? Tanto como dice Juan: Así amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito (Juan III, 16); y Pablo, Quien no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros (Rom. VIII, 32). El mismo Hijo por sí mismo, Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). Así mereció el justo de los impíos, el supremo de los ínfimos, el omnipotente de los débiles. Pero alguien dice: Así ciertamente de los hombres; pero no así de los ángeles. Es verdad, porque no fue necesario. Sin embargo, quien socorrió a los hombres en tal necesidad, preservó a los ángeles de tal necesidad: y quien amando a los hombres, los hizo tales para que no permanecieran tales; igualmente amando, dio a los ángeles para que no se hicieran tales.

CAPÍTULO II. Cuánto merece Dios ser amado por el hombre, por los bienes tanto del cuerpo como del alma. Cómo deben reconocerse y tenerse sin injuria al donante.

2. Para quienes estas cosas son claras, creo que también es claro por qué debe amarse a Dios: es decir, de dónde ha merecido ser amado. Pero si los infieles ignoran esto, Dios, sin embargo, está listo para confundir a los ingratos sobre sus innumerables beneficios, evidentemente prestados tanto al uso humano como manifiestos al sentido. Pues, ¿quién más administra el alimento a todo el que come, la luz al que ve, el aliento al que respira? Pero es necio querer enumerar ahora lo que antes he dicho que es innumerable: basta con haber mencionado los principales como ejemplo, el pan, el sol y el aire. Digo principales, no porque sean más excelentes, sino porque son más necesarios; son, en efecto, del cuerpo. Pues que el hombre busque sus bienes más eminentes en esa parte de sí mismo en la que se preeminente, es decir, en el alma, que son la dignidad, la ciencia, la virtud. La dignidad en el hombre la llamo libre albedrío: en la que ciertamente se le ha dado no solo preeminencia sobre los demás, sino también dominio sobre los seres animados. La ciencia, por la cual reconoce esa misma dignidad en sí mismo, pero no de sí mismo. Por último, la virtud, por la cual busca diligentemente al autor de todo, y lo retiene firmemente cuando lo encuentra.

3. Así, cada uno de estos tres aparece doble. La dignidad, en efecto, demuestra la humana no solo por la prerrogativa de la naturaleza, sino también por el poder del dominio: porque se

decreta que el terror del hombre debe imponerse sobre todos los seres animados de la tierra. La ciencia también será doble, si conocemos esa misma dignidad, o cualquier otro bien en nosotros, y que está en nosotros, pero no de nosotros. Por último, la virtud también se conocerá de manera bifaria, si buscamos consecuentemente al autor, y una vez encontrado, nos adherimos inseparablemente a Él. Por lo tanto, la dignidad sin ciencia no es útil; y aquella incluso es perjudicial si falta la virtud: lo cual se demuestra por la razón expuesta. Pues tener lo que no sabes que tienes, ¿qué gloria tiene? Además, conocer lo que tienes, pero ignorar que no lo tienes de ti, tiene gloria, pero no ante Dios. Al que se gloría en sí mismo, el Apóstol le dice: ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7.) No dice simplemente: ¿Por qué te glorías? sino que añade, como si no lo hubieras recibido, para afirmar que es reprehensible, no quien se gloría en lo que tiene, sino quien se gloría como si no lo hubiera recibido. Con razón se llama vana gloria a esta, careciendo del sólido fundamento de la verdad. Pues distingue así la verdadera gloria de esta: Quien se gloría, gloriése en el Señor (I Cor. I, 31), es decir, en la verdad. Porque el Señor es la verdad.

4. Por lo tanto, es necesario que sepas ambas cosas, tanto qué eres, como que no eres por ti mismo: para que no te gloríes en absoluto, o te gloríes vanamente. Finalmente, si no te conoces a ti misma, sal tras los rebaños de tus compañeros (Cant. I, 7). En verdad, así sucede. El hombre hecho en honor, cuando no entiende ese honor, con razón se compara a los animales, como ciertos compañeros de su presente corrupción y mortalidad. Así, al no conocerse a sí misma, la criatura creada con el don de la razón, comienza a agregarse a los rebaños de los irracionales, mientras, ignorante de su propia gloria, que es interna, se conforma externamente a las cosas sensibles, siendo llevada por su propia curiosidad: y se convierte en una más entre los demás, porque no entiende que ha recibido algo por encima de los demás. Por lo tanto, esta ignorancia debe evitarse mucho, por la cual quizás pensamos menos de nosotros mismos de lo que somos: pero no menos, sino más que aquella por la cual nos atribuimos más de lo que tenemos: lo cual sucede si engañados creemos que cualquier bien en nosotros es y no es de nosotros. Pero en verdad, sobre ambas ignorancias, debe evitarse y execrarse aquella presunción por la cual, sabiendo y prudentemente, te atreves a buscar tu propia gloria de bienes que no son tuyos: y lo que sabes con certeza que no es de ti, sin embargo, no temes robar el honor de otro. La primera ignorancia ciertamente no tiene gloria: la segunda tiene, pero no ante Dios. Pero este tercer mal que ya se comete conscientemente, usurpa y va contra Dios. En tanto, pues, esta ignorancia es más grave y peligrosa que la posterior, en cuanto por aquella Dios es desconocido, por esta es despreciado: y en tanto es peor y más detestable que la primera, que por aquella nos asociamos con los animales, por esta con los demonios. Es, en efecto, soberbia y el mayor delito, usar los dones como innatos; y en los beneficios recibidos, usurpar la gloria del benefactor.

5. Por lo tanto, con estas dos, dignidad y ciencia, se necesita también la virtud, que es el fruto de ambas, por la cual se busca y se retiene al autor de todo, para que sea glorificado justamente por todo. De lo contrario, el que sabe y no hace lo digno, será azotado con muchos azotes. ¿Por qué? Porque no quiso entender para hacer el bien: más bien meditó iniquidad en su lecho (Sal. XXV, 4, 5), mientras intenta captar para sí, e incluso arrebatarse, la gloria del buen Señor de los bienes que, por el don de la ciencia, ha sabido con certeza que no son de él. Por lo tanto, está claro que sin ciencia la dignidad es completamente inútil, y la ciencia sin virtud es condenable. Pero el hombre de virtud, a quien ni la ciencia es dañina, ni la dignidad infructuosa permanece, clama a Dios y confiesa sinceramente: No a nosotros, Señor, no a

nosotros, sino a tu nombre da gloria (Sal. CXIII, 9). Esto es: Nada nos atribuimos, oh Señor, de la ciencia, nada de la dignidad; sino que todo lo atribuimos a tu nombre, de quien todo es.

6. Sin embargo, nos hemos desviado demasiado de nuestro propósito inicial al intentar demostrar que incluso aquellos que no conocen a Cristo son suficientemente advertidos por la ley natural a través de los bienes percibidos del cuerpo y del alma, para que también ellos deban amar a Dios por Dios mismo. Pues, para repetir brevemente lo que se ha dicho sobre esto: ¿quién, ni siquiera un infiel, ignora que su cuerpo no recibe de otro en esta vida mortal aquellas necesidades mencionadas, de las cuales subsiste, ve y respira, sino de aquel que da alimento a toda carne (Salmo 135, 25); que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos? (Mateo 5, 45). ¿Quién, además, ni siquiera un impío, pensaría que hay otro autor de la dignidad humana que brilla en el alma, aparte de aquel mismo que en el Génesis dice: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"? (Génesis 1, 26). ¿Quién consideraría a otro como el dador de la ciencia, sino a aquel mismo que enseña al hombre la ciencia? (Salmo 93, 10). ¿Quién, además, pensaría que el don de la virtud le ha sido dado o espera recibirlo de otro lugar que no sea de la mano del Señor de las virtudes? Por lo tanto, Dios merece ser amado por sí mismo, incluso por el infiel: quien, aunque no conozca a Cristo, se conoce a sí mismo. Por lo tanto, es inexcusable todo infiel si no ama al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su fuerza. La justicia, innata y no ignorada por la razón, clama dentro de él que debe amarle con todo su ser, a quien sabe que le debe todo. Sin embargo, es difícil, o más bien imposible, que alguien, con sus propias fuerzas o con el libre albedrío una vez recibido de Dios, convierta su voluntad totalmente hacia Dios; y no más bien la retuerza hacia sí mismo, reteniéndola como propia, como está escrito: "Todos buscan lo suyo" (Filipenses 2, 21); y también, "Los pensamientos y las intenciones del hombre están inclinados al mal" (Génesis 8, 21).

CAPÍTULO III. Cuántos estímulos tienen los cristianos para amar a Dios más que los infieles.

7. En cambio, los fieles saben claramente cuán absolutamente necesario es para ellos Jesús, y este crucificado: mientras admiran y abrazan el amor que sobrepasa el conocimiento en él, se sienten avergonzados de no poder corresponder ni siquiera un poco a lo que son, en retribución de tan grande amor y dignación. Por lo tanto, es más fácil amar más a quien se sabe más amado: a quien se le ha perdonado menos, ama menos. Ciertamente, el judío o el pagano no son incitados por tales estímulos de amor como los que experimenta la Iglesia, que dice: "Estoy herida de amor"; y nuevamente, "Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, porque estoy enferma de amor" (Cantar de los Cantares 2, 4-5). Ve al rey Salomón con la diadema con la que le coronó su madre (Cantar de los Cantares 3, 11); ve al Unigénito del Padre llevando su cruz; ve al Señor de la majestad azotado y escupido; ve al autor de la vida y la gloria clavado con clavos, herido con una lanza, saturado de oprobios, finalmente entregando su amada alma por sus amigos. Ve esto, y su propia alma es más atravesada por la espada del amor, y dice: "Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, porque estoy enferma de amor". Estas son las granadas que la esposa, introducida en el jardín del amado, recoge del árbol de la vida, tomando su sabor del pan celestial, su color de la sangre de Cristo. Luego ve la muerte muerta, y al autor de la muerte triunfado. Ve que la cautividad es llevada cautiva desde los infiernos a la tierra, de la tierra a los cielos, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra (Filipenses 2, 10). Observa que la tierra, que bajo la antigua maldición producía espinas y abrojos, ha reflorado renovada a la gracia de una nueva bendición. Y en todo esto, recordando aquel versículo, "Y mi carne refloró, y de mi voluntad le confesaré" (Salmo

27, 7); desea vigorizarse con los males de la pasión, que tomó del árbol de la cruz, y con las flores de la resurrección, cuya fragancia especialmente invita al esposo a visitarla más frecuentemente.

8. Finalmente dice: "He aquí que eres hermoso, amado mío, y agradable; nuestro lecho es florido" (Cantar de los Cantares 1, 15). Al mostrar el lecho, revela suficientemente lo que desea: y al anunciar que es florido, indica suficientemente de dónde presume obtener lo que desea. No de sus méritos, sino de las flores del campo, al que Dios ha bendecido. Se deleita en las flores, Cristo, que quiso ser concebido y nutrido en Nazaret. El esposo celestial se regocija con tales fragancias, y frecuentemente y con gusto entra en la cámara del corazón, que encuentra llena de tales frutos y salpicada de flores. Donde ve que la gracia de su pasión o la gloria de su resurrección se medita diligentemente, allí ciertamente está presente con diligencia, está presente con gusto. Los monumentos de la Pasión, reconoce los frutos como del año pasado, de todos los tiempos pasados bajo el dominio del pecado y la muerte, apareciendo finalmente en la plenitud de los tiempos. Pero los signos de la Resurrección, observa como nuevas flores del tiempo siguiente, reverdeciendo en una nueva primavera bajo la gracia, cuyo fruto la futura resurrección general dará a luz al final, para permanecer sin fin. Ya, dice, "el invierno ha pasado, la lluvia ha cesado y se ha ido, las flores han aparecido en nuestra tierra" (Cantar de los Cantares 2, 11-12): significando que ha llegado el tiempo estival con aquel que, liberado del hielo de la muerte a una cierta temperatura primaveral de nueva vida, dice: "He aquí, hago nuevas todas las cosas" (Apocalipsis 21, 5): cuya carne fue sembrada en muerte, refloreció en resurrección; al cuyo olor pronto en el campo de nuestro valle reverdecen los secos, se calientan los fríos, los muertos reviven.

9. Por lo tanto, con la novedad de estas flores y frutos, y la belleza del campo que exhala un aroma suavísimo, también el Padre se deleita en el Hijo que renueva todas las cosas, de modo que dice: "He aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo lleno, al que el Señor ha bendecido" (Génesis 27, 27). Bien lleno, de cuya plenitud todos hemos recibido. Sin embargo, la esposa familiarmente recoge para sí flores de él cuando quiere, y cosecha frutos, con los que rociar las profundidades de su propia conciencia, y que el lecho del corazón huela dulcemente al esposo que entra. Porque es necesario que nosotros, si queremos tener frecuentemente al huésped Cristo, tengamos siempre nuestros corazones provistos de fieles testimonios, tanto de la misericordia del que muere, como del poder del que resucita; como decía David: "Estas dos cosas he oído, que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia" (Salmo 61, 12-13). Porque los testimonios de ambas cosas se han hecho muy creíbles; ciertamente con Cristo muriendo por nuestras ofensas, y resucitando por nuestra justificación, y ascendiendo para nuestra protección, y enviando el Espíritu para nuestra consolación, y algún día regresando para nuestra consumación. En la muerte mostró misericordia, en la resurrección poder, y en cada uno de los demás mostró ambos.

10. Estos son los males, estas las flores, con las que la esposa pide ser sostenida y fortalecida mientras tanto, creo, sintiendo que fácilmente el poder del amor en ella puede enfriarse y languidecer de alguna manera, si no es continuamente alimentada con tales incentivos, hasta que introducida alguna vez en la cámara, sea recibida en los abrazos largamente deseados, y diga: "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abraza" (Cantar de los Cantares 2, 6). Entonces ciertamente sentirá y probará todos los testimonios de amor que en la primera venida había recibido, como de la izquierda del amado, despreciables en comparación con la multitud de dulzura del abrazo de la derecha, y ya completamente como para tenerlos debajo. Sentirá lo que había oído: "La carne no aprovecha nada; el espíritu es el que da vida" (Juan 6, 64). Probará lo que había leído: "Mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal". Lo que sigue, "Mi memoria es para la generación de los siglos"

(Eclesiástico 24, 27-28); esto dice, porque mientras se vea que permanece el presente siglo, en el que una generación viene y una generación pasa, no faltará la consolación a los elegidos de la memoria, a quienes aún no se les concede la plena satisfacción de la presencia. Por eso está escrito, "Proclamarán la memoria de tu abundante bondad" (Salmo 144, 7); sin duda, aquellos que poco antes había dicho, "Generación y generación alabará tus obras" (Salmo 144, 4). Por lo tanto, la memoria en la generación de los siglos, la presencia en el reino de los cielos. De esta ya glorificada es la elección asumida: de aquella mientras tanto se consuela la generación peregrina.

CAPÍTULO IV. Quiénes toman consuelo de la memoria de Dios: y quiénes son más aptos para su amor.

11. Pero importa, qué generación toma consuelo de la memoria de Dios. No la generación perversa y provocadora, a la que se dice, "¡Ay de vosotros, ricos, que ya tenéis vuestro consuelo!" (Lucas 6, 24); sino la que puede decir verdaderamente, "Mi alma rehusó ser consolada". A esta ciertamente le creemos, si añade a continuación: "Me acordé de Dios, y me deleité" (Salmo 86, 3-4). Porque es justo que a quienes no les deleita la presencia, les esté presente la memoria de las cosas futuras: y que quienes desprecian ser consolados por cualquier abundancia de cosas pasajeras, la memoria de la eternidad los deleite. Y esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan no lo que es suyo, sino el rostro del Dios de Jacob (Salmo 24, 6). Por lo tanto, a los que buscan y suspiran por la presencia de Dios, les está presente mientras tanto y dulce la memoria, no obstante, no para que se sacien, sino para que más bien tengan hambre de lo que los saciará. Esto mismo lo testifica el mismo alimento, diciendo así: "El que me come, aún tendrá hambre" (Eclesiástico 24, 29); y quien ha sido alimentado por él, "Me saciaré, dice, cuando aparezca tu gloria" (Salmo 16, 15). Bienaventurados, sin embargo, ya ahora los que tienen hambre y sed de justicia, porque algún día ellos, y no otros, serán saciados (Mateo 5, 6). ¡Ay de ti, generación perversa y torcida! ¡Ay de ti, pueblo necio e insensato, que desprecias la memoria y temes la presencia! Con razón: porque ahora no quieres ser liberado del lazo de los cazadores, ya que los que quieren enriquecerse en este siglo caen en el lazo del diablo (1 Timoteo 6, 9); ni entonces podrás ser liberado de la palabra áspera. ¡Oh palabra áspera, oh discurso duro! "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno" (Mateo 25, 41). Más duro y áspero ciertamente que aquel que cada día se nos repite en la memoria de la pasión en la Iglesia: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna". Esto es, quien recuerda mi muerte, y con mi ejemplo mortifica sus miembros que están sobre la tierra, tiene vida eterna: esto es, si sufrís con él, también reinaréis con él. Y sin embargo, muchos retrocediendo de esta voz y yéndose hoy también hacia atrás, responden no con palabras, sino con hechos: "Duro es este discurso; ¿quién puede escucharlo?" (Juan 6, 55, 61). Por lo tanto, la generación que no dirigió su corazón y no fue fiel con Dios su espíritu (Salmo 78, 8), sino que más bien espera en la incertidumbre de las riquezas, se siente gravada al escuchar la palabra de la cruz, y juzga la memoria de la pasión como onerosa para sí. Pero, ¿cómo soportará el peso de aquella palabra en la presencia: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles"? Sobre quien ciertamente caerá esta piedra, lo triturrará. Pero la generación de los rectos será bendecida (Salmo 112, 2): quienes ciertamente con el Apóstol, ya sea ausentes o presentes, se esfuerzan por agradar a Dios (2 Corintios 5, 9). Finalmente, oirán, "Venid, benditos de mi Padre" (Mateo 25, 34), etc. Entonces aquella que no dirigió su corazón, tarde experimentará cuán suave fue el yugo de Cristo en comparación con aquel dolor, y cuán ligera fue la carga, a la que, como pesada y áspera, orgullosamente retiró su dura cerviz. No podéis, oh miserables siervos de Mamón, gloriaros al mismo tiempo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, y esperar en los tesoros del dinero; ir tras el oro, y probar cuán suave es el Señor.

Por lo tanto, a quien no sentís suave en la memoria, sin duda lo sentiréis áspero en la presencia.

12. Sin embargo, el alma fiel suspira por la presencia con ansia, y descansa dulcemente en la memoria; y hasta que sea idónea para contemplar con rostro descubierto la gloria del Señor, se gloria en la ignominia de la cruz. Así ciertamente, así la esposa y paloma de Cristo se reposa mientras tanto, y duerme entre los cleros, habiendo obtenido ya en el presente de la memoria de la abundancia de tu bondad, Señor Jesús, alas plateadas, es decir, el candor de la inocencia y la castidad; y esperando además ser llenada de alegría con tu rostro, donde también se harán las partes posteriores de su espalda en el resplandor del oro (Salmo 67, 14): cuando introducida con gozo en los esplendores de los santos, sea más plenamente iluminada con los resplandores de la sabiduría. Por lo tanto, ya ahora se gloria, y dice, "Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará" (Cantar de los Cantares 2, 6): considerando en la izquierda la memoria de aquel amor, que no hay mayor, que puso su vida por sus amigos; y en la derecha la visión bienaventurada, que prometió a sus amigos, y el gozo de la presencia de la majestad. Con razón aquella visión divina y deificante, aquella inestimable delectación de la presencia divina se coloca en la derecha, de la cual también se canta deleitablemente: "Las delicias de tu derecha son para siempre" (Salmo 15, 11). Con razón en la izquierda se coloca aquel amor admirable y siempre memorable, sobre el cual la esposa se reclina y descansa hasta que pase la iniquidad.

13. Con razón, por lo tanto, la izquierda del esposo está bajo la cabeza de la esposa, sobre la cual, reclinada su cabeza, la sostiene, es decir, la intención de su mente, para que no se incline y se curve hacia los deseos carnales y mundanos: porque el cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma: y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría 9, 15). ¿Qué otra cosa hace la consideración de tan grande e indebida misericordia, tan gratuito y probado amor, tan inesperada dignación, tan invicta mansedumbre, tan asombrosa dulzura? ¿Qué, digo, hacen todas estas cosas diligentemente consideradas, sino que maravillosamente atraen, vehementemente afectan, y hacen que el alma del que considera, liberada de todo amor perverso, se eleve hacia ellas, y desprecie en comparación con ellas todo lo que no puede ser deseado sino en desprecio de ellas? Sin duda, por lo tanto, en el olor de estos ungüentos la esposa corre alegremente, ama ardientemente; y le parece poco amar así amada, incluso cuando se ha entregado toda al amor. Y no sin razón. ¿Qué grande es, en efecto, lo que se devuelve a tan grande y tanto amor, si el polvo insignificante se ha recogido todo para corresponder en amor, a quien aquella Majestad, previniendo en amor, se ve toda dedicada a la obra de su salvación? Finalmente, "así amó Dios al mundo que dio a su Unigénito" (Juan 3, 16); no hay duda de que habla del Padre. También, "Entregó su alma a la muerte" (Isaías 53, 12); no hay duda de que habla del Hijo. Y dice del Espíritu Santo: "El Espíritu Consolador, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho" (Juan 14, 26). Por lo tanto, Dios ama, y ama con todo su ser, porque toda la Trinidad ama: si es que se puede decir todo de lo infinito e incomprensible, o ciertamente de lo simple.

CAPÍTULO V. Cuánto incumbe al cristiano el deber del amor.

14. Contemplando estas cosas, creo, reconoce suficientemente por qué Dios debe ser amado, es decir, por qué merece ser amado. Sin embargo, el infiel que no tiene al Hijo, tampoco tiene al Padre, ni al Espíritu Santo. Porque el que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió (Juan 5, 23); pero tampoco al Espíritu Santo que él envió. Por lo tanto, no es de extrañar que quien menos lo reconoce, menos lo ame. Sin embargo, él mismo no ignora que se debe todo a aquel a quien no ignora como autor de todo su ser. ¿Qué, entonces, yo, que tengo a mi Dios

como no solo el gratuito dador de mi vida, el más generoso administrador, el piadoso consolador, el solícito gobernador; sino además el más copioso redentor, eterno conservador, enriquecedor, glorificador? como está escrito, "Copiosa es en él la redención" (Salmo 129, 7): y también, "Entró una vez en el Santuario, habiendo obtenido eterna redención" (Hebreos 9, 12): y sobre la conservación, "No abandonará a sus santos; serán conservados para siempre" (Salmo 36, 28): y sobre la enriquecimiento, "Medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo" (Lucas 6, 38): y nuevamente, "Ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Corintios 2, 9): y sobre la glorificación. "Esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, que transformará el cuerpo de nuestra humillación, configurado al cuerpo de su gloria" (Filipenses 3, 20-21): y aquello, "No son comparables los sufrimientos de este tiempo presente con la futura gloria que se revelará en nosotros" (Romanos 8, 18): y nuevamente, "Lo que es momentáneo y leve de nuestra tribulación presente, produce en nosotros un eterno peso de gloria más allá de toda medida, no mirando las cosas que se ven, sino las que no se ven" (2 Corintios 4, 17-18).

15. ¿Qué daré al Señor por todos estos beneficios? La razón y la justicia natural me impulsan a entregarme por completo a Él, de quien lo he recibido todo, y a amarlo con todo mi ser. En verdad, la fe me obliga a amarlo aún más, ya que entiendo que debo valorarlo más que a mí mismo: pues lo tengo no solo como mi creador, sino también como el dador de sí mismo. En definitiva, aún no había llegado el tiempo de la fe, aún no se había manifestado Dios en la carne, no había muerto en la cruz, no había salido del sepulcro, no había regresado al Padre: aún, digo, no había demostrado en nosotros su gran amor, del cual ya hemos hablado mucho, cuando ya se había mandado al hombre amar al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza (Deut. VI, 5), es decir, con todo lo que es, lo que sabe, lo que puede. Sin embargo, Dios no es injusto al reclamar su obra y sus dones. ¿Por qué no habría de amar la obra a su artífice, teniendo con qué hacerlo? ¿Y por qué no amarlo con toda su capacidad, si nada podría sin su don? Además, el hecho de haber sido creado de la nada, gratuitamente, y en esta dignidad, hace más evidente el deber del amor y más justo su reclamo. Pero, ¿cuánto más beneficio creemos que se añadió cuando Dios salvó a hombres y bestias, multiplicando su misericordia? (Sal. XXXV, 7, 8). Me refiero a nosotros, que cambiamos nuestra gloria por la imagen de un becerro que come hierba (Sal. CV, 20), comparados por el pecado con bestias insensatas (Sal. XLVIII, 13). Si me debo completamente por haber sido creado, ¿qué añadiré ya por haber sido redimido y de esta manera? No fue tan fácil redimirme como crearme: pues no solo de mí, sino de todo lo creado, está escrito: "Dijo, y fueron hechas" (Sal. CXLVIII, 5). Pero quien me hizo solo con una palabra, en la redención ciertamente dijo muchas cosas, realizó maravillas y soportó sufrimientos; no solo sufrimientos, sino también indignidades. ¿Qué, pues, daré al Señor por todos los beneficios que me ha dado? (Sal. CXV, 12). En la primera obra me dio a mí mismo; en la segunda, se dio a sí mismo: y al darse, me devolvió a mí mismo. Dado, pues, y devuelto, me debo por mí mismo, y me debo dos veces. ¿Qué daré a Dios por sí mismo? Pues aunque pudiera devolverme mil veces, ¿qué soy yo comparado con Dios?

CAPÍTULO VI. Breve recapitulación y resumen de lo dicho.

16. Aquí primero observa cómo, o más bien cuán sin medida merece Dios ser amado por nosotros; quien (para repetir brevemente lo dicho) nos amó primero, siendo tan grande, y tanto, y gratuitamente a nosotros, tan pequeños y de tal condición. He aquí lo que recuerdo haber dicho al principio, que la medida de amar a Dios es amarlo sin medida. En efecto, el amor que se dirige a Dios, se dirige al infinito, se dirige a lo inmenso (pues Dios es infinito e inmenso); ¿quién, pregunto, debe poner fin o medida a nuestro amor? ¿Qué decir de que

nuestro amor ya no se ofrece gratuitamente, sino que se devuelve como deuda? Ama, pues, la inmensidad, ama la eternidad, ama la caridad que sobrepasa el conocimiento; ama a Dios, cuya grandeza no tiene fin (Sal. CXLIV, 3), cuya sabiduría no tiene número (Sal. CXLVI, 5), cuya paz sobrepasa todo entendimiento (Filip. IV, 7): ¿y le devolvemos con medida? Te amaré, Señor, mi fortaleza, mi firmeza, mi refugio, y mi libertador (Sal. XVII, 2, 3): y en definitiva, todo lo que pueda decirse deseable y amable. Dios mío, mi ayudador, te amaré por tu don, y a mi manera, menos de lo justo, pero ciertamente no menos de lo que puedo: pues aunque no puedo tanto como debo, no puedo más de lo que puedo. Podré más, cuando te dignes darme más: pero nunca como mereces. Mis ojos vieron mi imperfección: pero sin embargo, en tu libro se escribirán todos (Sal. CXXXVIII, 16), quienes hacen lo que pueden, aunque no puedan lo que deben. Suficientemente, según creo, aparece cómo debe ser amado Dios, y por qué mérito suyo. Por qué, digo, mérito suyo: pues cuánto, ¿a quién le aparece claramente? ¿quién lo dirá? ¿quién lo comprenderá?

CAPÍTULO VII. No se ama a Dios sin fruto y premio; y el apetito del corazón humano no se sacia con cosas terrenales.

17. Ahora veamos por qué conveniencia nuestra debe ser amado. Pero, ¿cuánto es nuestro ver en esto comparado con lo que es? Sin embargo, lo que se ve no debe callarse, aunque no se vea del todo como es. Anteriormente, cuando se propuso por qué y cómo debe ser amado Dios, dije que la pregunta "por qué" genera un doble entendimiento: ya sea por su mérito, o por nuestra conveniencia, parece que cualquiera de los dos puede ser investigado de igual manera. Habiendo hablado, pues, del mérito de Dios, no como es digno de Él, sino como me ha sido dado; resta que hable del premio, que también se dará. Pues Dios no se ama sin premio, aunque debe ser amado sin miras al premio. La verdadera caridad no puede estar vacía, ni es mercenaria; pues no busca lo suyo (I Cor. XIII, 5). Es un afecto, no un contrato: no se adquiere por pacto, ni adquiere. Afecta espontáneamente, y hace espontáneo. El verdadero amor se contenta consigo mismo. Tiene premio, pero es aquello que se ama. Pues cualquier cosa que parezca amar por otra, claramente amas aquello a lo que se dirige el fin del amor, no por lo que se dirige. Pablo no evangeliza para comer, sino que come para evangelizar: porque ama, no el alimento, sino el Evangelio (I Cor. IX, 18). El verdadero amor no requiere premio, pero lo merece. El premio ciertamente no se propone al amante, se debe al amante, se devuelve al perseverante. En las cosas inferiores que se deben persuadir, invitamos a los reacios con promesas o premios, y no a los espontáneos. ¿Quién pensaría en recompensar a un hombre para que haga lo que ya desea espontáneamente? Nadie, por ejemplo, contrata a un hambriento para que coma, o a un sediento para que beba, o ciertamente a una madre para que amamante a su hijo. ¿O acaso alguien pensaría en persuadir con súplicas o precio a alguien para que cerque su propia viña, o cave alrededor de su árbol, o levante la estructura de su propia casa? Cuánto más el alma que ama a Dios no requiere otro premio de su amor que Dios mismo. O si requiere otro, ciertamente no ama a Dios.

18. En todo ser racional está naturalmente el apetito de buscar siempre lo mejor según su propia estimación e intención, y no estar contento con nada que juzgue inferior a lo que le falta. Pues quien, por ejemplo, tiene una esposa hermosa, con ojo o mente lasciva mira a una más bella: y quien está vestido con ropa preciosa, desea una más preciosa, y quien posee muchas riquezas, envidia al más rico. Verás a quienes ya poseen muchas tierras y propiedades, aún así, día a día, unir campo a campo, y con infinita codicia extender sus límites. Verás también a quienes habitan en casas reales y palacios amplios, sin embargo, diariamente unir casa a casa, y con inquieta curiosidad construir, demoler, cambiar lo cuadrado por redondo. ¿Qué hay de los hombres elevados a honores? ¿No los vemos esforzarse con insaciable ambición por alcanzar alturas mayores? Y de todo esto no hay fin,

porque en ellos no se encuentra nada que sea singularmente supremo o óptimo. ¿Y qué maravilla si no está contento con lo inferior y peor, quien no puede descansar sin lo supremo o lo óptimo? Pero es necio y de extrema demencia siempre desear lo que nunca, no digo que sacie, sino que ni siquiera modere el apetito: mientras que cualquier cosa de estas que poseas, no obstante, desees las no poseídas, y siempre anheles inquieto lo que falta. Así, el alma errante a través de los diversos y engañosos placeres del mundo, fatigada por un trabajo vano, no se sacia: mientras que cualquier cosa que devore con hambre, la considera poco en comparación con lo que queda por devorar, y siempre desea ansiosamente lo que falta, tanto como posee alegremente lo que tiene. ¿Quién puede poseerlo todo? Aunque incluso el poco que alguien haya obtenido con esfuerzo, lo poseerá con temor, no estando seguro de cuándo lo perderá con dolor, pero seguro de que lo perderá algún día. Así, la voluntad perversa se dirige por un camino directo al óptimo, se apresura hacia aquello que puede llenarla. Pero en verdad, la vanidad juega consigo misma con estos rodeos, la iniquidad se engaña a sí misma. Si desees llenar lo que desees, es decir, si desees alcanzar aquello que, una vez alcanzado, ya no desearás nada más, ¿por qué intentar otras cosas? Corres por caminos desviados, y morirás mucho antes de llegar a tu deseo por este rodeo.

19. Así, los impíos caminan en este rodeo, naturalmente deseando aquello que termine su apetito, y neciamente rechazando aquello que los acercaría al fin: al fin, digo, no a la consumación, sino a la perfección. Por lo tanto, se apresuran a consumirse con un trabajo vacío, no a ser perfeccionados con un fin bendito, quienes, más deleitados por la apariencia de las cosas que por su autor, desean primero recorrer todo y experimentar cada cosa, antes que preocuparse por llegar al Señor de todo el universo. Y ciertamente llegarían, si alguna vez pudieran lograr su deseo, es decir, que uno solo poseyera todo, excepto el principio de todo. Pues por la misma ley de su codicia, por la cual en otras cosas solía tener hambre de lo no poseído y despreciar lo poseído; una vez obtenidas y despreciadas todas las cosas que están en el cielo y en la tierra, finalmente sin duda correría hacia Él, quien solo faltaría, Dios de todo. Allí descansaría: porque así como no hay descanso antes, tampoco hay inquietud más allá. Diría con certeza: "Para mí, estar cerca de Dios es bueno". Diría: "¿Qué tengo en el cielo, y qué deseo en la tierra fuera de ti?" y también, "Dios de mi corazón, y mi porción es Dios para siempre" (Sal. LXXII, 28, 25, 26). Así, pues (como se ha dicho), cualquier codicioso llegaría a lo que es óptimo, si pudiera alcanzar antes lo que desea aquí.

20. Pero como esto es completamente imposible debido a la vida más corta, la virtud más débil, y la compañía más numerosa; ciertamente sudan en un largo camino y un trabajo vano, quienes, mientras desean alcanzar todo lo que desean, no pueden llegar al fin de todos los deseos. Y ojalá desearan alcanzar todo con la mente, y no con la experiencia. Esto podrían hacerlo fácilmente, y no en vano. Pues el alma, ciertamente más veloz que el sentido carnal, tanto como más perspicaz, fue dada para que lo preceda en todo; y nada se atreva a tocar el sentido, que el alma, al adelantarse, no haya probado útil. De aquí creo que se dijo: "Probadlo todo, retened lo bueno" (I Tes. V, 21); para que aquel provea a este, y no logre su deseo sin el juicio de aquel. De lo contrario, no subirás al monte del Señor, ni estarás en su lugar santo, porque en vano has tomado tu alma (Sal. XXIII, 3, 4), es decir, el alma racional: mientras sigues al sentido como un animal, con la razón ciertamente ociosa, y no resistiendo en nada. Aquellos cuya razón no precede sus pasos, corren, pero fuera del camino: y por lo tanto, despreciando el consejo del Apóstol, no corren de tal manera que alcancen (I Cor. XI, 24). ¿Cuándo alcanzarán, a quien no quieren alcanzar sino después de todo? Un camino torcido, y un rodeo infinito, querer intentar todo primero.

21. Pero el justo no es así. Oyendo la censura de muchos que habitan en el rodeo (pues muchos son los que van por el camino ancho que lleva a la muerte), él mismo elige el camino

real, no desviándose ni a la derecha ni a la izquierda. En efecto, como atestigua el profeta, "El camino del justo es recto, rectos son los senderos del justo para caminar" (Is. XXVI, 7). Estos son los que, con un saludable atajo, son cautos para evitar este rodeo molesto e infructuoso, eligiendo la palabra abreviada y abreviadora, no deseando lo que ven, sino vendiendo más bien lo que poseen y dándolo a los pobres. Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Todos corren (I Cor. IX, 24); pero entre los que corren hay distinción. En efecto, el Señor conoce el camino de los justos, y el camino de los impíos perecerá (Sal. I, 6). Por eso es mejor el poco del justo sobre las muchas riquezas de los pecadores (Sal. XXXVI, 16), porque, como dice el Sabio y lo experimenta el insensato, "quien ama el dinero, no se saciará de dinero" (Ecl. V, 9): pero "los que tienen hambre y sed de justicia, ellos serán saciados" (Mat. V, 6). La justicia, en efecto, es el alimento vital y natural del espíritu que usa la razón: pero el dinero no sacia el hambre del alma, así como el viento no sacia el cuerpo. En efecto, si vieras a un hombre hambriento con la boca abierta tragando viento, inflando sus mejillas con aire, como si así calmara su hambre, ¿no pensarías que está loco? Así, no es menos insensato pensar que el espíritu racional pueda ser inflado, más que saciado, por cualquier cosa corporal. ¿Qué tienen que ver los cuerpos con los espíritus? Ni aquellos pueden ser alimentados por cosas espirituales, ni estos por cosas corporales. Bendice, alma mía, al Señor, quien llena de bienes tu deseo (Sal. CII, 1, 5). Llena con bienes, excita al bien, mantiene en el bien; precede, sostiene, llena. Él hace que desees; Él es lo que deseas.

22. Dije antes: La causa de amar a Dios es Dios. Dije bien: pues es tanto eficiente como final. Él da la ocasión, Él crea el afecto, Él consuma el deseo. Él hizo, o más bien se hizo para ser amado: Él es esperado, amado más felizmente, para que no sea en vano amado. Su amor prepara y recompensa el nuestro. Precede más benignamente, se devuelve más justamente, se espera más dulcemente. Es rico para todos los que lo invocan: pero no tiene nada mejor que Él mismo. Se dio en mérito, se guarda en premio, se ofrece en la refección de las almas santas, se distribuye en la redención de los cautivos. Bueno eres, Señor, para el alma que te busca (Lam. III, 25): ¿qué, pues, para quien te encuentra? Pero lo maravilloso es que nadie puede buscarte, a menos que primero te haya encontrado. Quieres, pues, ser encontrado para ser buscado, ser buscado para ser encontrado. Puedes ser buscado y encontrado, pero no prevenido. Pues aunque decimos, "Mi oración te precederá en la mañana" (Sal. LXXXVII, 14); sin embargo, no hay duda de que toda oración es tibia si no la precede la inspiración. Ya se debe decir de dónde comienza nuestro amor, ya que se ha dicho dónde se consuma.

CAPÍTULO VIII. Del primer grado de amor, por el cual el hombre se ama a sí mismo por sí mismo.

23. El amor es una de las cuatro afecciones naturales. Son conocidas: no es necesario nombrarlas. Lo que es natural, ciertamente sería justo que primero sirviera al autor de la naturaleza. Por eso se dijo el primer y gran mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios" (Mat. XXII, 37), etc. Pero como la naturaleza es más frágil y débil, primero se ve obligada por necesidad a servirse a sí misma. Y es el amor carnal, por el cual antes que nada el hombre se ama a sí mismo por sí mismo, como está escrito: "Primero lo que es animal, luego lo que es espiritual" (I Cor. XV, 46). No se impone por mandato, sino que se inserta en la naturaleza: ¿quién, en efecto, odió su propia carne? (Efes. V, 29.) Pero si el mismo amor comienza, como suele ser, a ser más inclinado o más profuso, y no contento con el cauce de la necesidad, se extiende más ampliamente ocupando también los campos del placer; inmediatamente la superfluidad se contiene con el mandato que dice: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. XXII, 39). Justamente, para que el consorte de la naturaleza no esté excluido de la gracia, especialmente de aquella gracia que está inserta en la naturaleza. Si el hombre se

siente gravado por ayudar, no digo las necesidades de los hermanos, sino por servir sus placeres; que castigue sus propios placeres, si no quiere ser transgresor. Que se conceda a sí mismo cuanto quiera; mientras recuerde que debe dar tanto al prójimo. Se te impone un freno de templanza, oh hombre, por la ley de la vida y la disciplina, para que no sigas tus concupiscencias y perezcas, para que no sirvas al enemigo del alma, es decir, a la lujuria, con los bienes de la naturaleza. ¿Cuánto más justo y honesto es compartirlos con el consorte, es decir, con el prójimo, que con el enemigo? Y si, siguiendo el consejo del Sabio, te apartas de tus placeres (Eclo. XVIII, 30), y según la doctrina del Apóstol te contentas con alimento y vestido (I Tim. VI, 8), no te pesará suspender un poco tu amor de los deseos carnales, que militan contra el alma (I Ped. II, 11); ciertamente lo que sustrae al enemigo de tu alma, no te pesará compartirlo con el consorte de la naturaleza. Entonces tu amor será tanto temperante como justo, si lo que se sustrae a los placeres propios no se niega a las necesidades del hermano. Así, el amor carnal se hace social, cuando se extiende al bien común.

24. Pero si al compartir con el prójimo, te faltan incluso las cosas necesarias, ¿qué harás? ¿Qué, sino pedir con toda confianza a aquel que da a todos abundantemente, y no reprocha (Santiago I, 5); que abre su mano, y llena de bendición a todo ser viviente? (Sal. CXLIV, 16.) No hay duda de que estará dispuesto a ayudar en lo necesario, quien a muchos no falta incluso en lo superfluo. En efecto, dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Luc. XII, 31). Promete dar espontáneamente lo necesario, restringiendo lo superfluo, y amando al prójimo. Esto es buscar primero el reino de Dios, y clamar contra la tiranía del pecado, someterse al yugo de la castidad y la sobriedad, para que no permitas que el pecado reine en tu cuerpo mortal. Además, esto es justicia, cuando con quien compartes la naturaleza, no tienes dividido el don de la naturaleza.

25. Para que la justicia perfecta consista en amar al prójimo, es necesario que Dios sea la causa. De lo contrario, ¿cómo puede alguien amar puramente al prójimo si no lo ama en Dios? Además, no puede amar en Dios quien no ama a Dios. Por lo tanto, es necesario amar primero a Dios, para que también se pueda amar al prójimo en Dios. Dios, que hace todas las cosas buenas, también hace que se le ame. Y lo hace de esta manera: quien creó la naturaleza, también la protege. Pues fue creada de tal manera que necesita continuamente al protector que tuvo como creador: para que lo que no pudo existir sin Él, tampoco pueda subsistir sin Él. Para que la criatura no ignore esto de sí misma, y por lo tanto, no se atribuya con soberbia los beneficios del Creador (lo que Dios no permita), el mismo Creador quiere que el hombre sea ejercitado con tribulaciones, para que cuando el hombre falle y Dios lo socorra, al ser liberado por Dios, el hombre honre a Dios como es debido. Esto es lo que dice: "Invócame en el día de la tribulación, te libraré y me honrarás" (Salmo 49, 15). Así sucede que el hombre animal y carnal, que no sabía amar a nadie más que a sí mismo, comienza a amar a Dios, aunque sea por su propio bien, porque ha experimentado muchas veces que en Él puede hacer todo lo que le conviene, y sin Él no puede hacer nada.

CAPÍTULO IX. Del segundo y tercer grado del amor.

26. Así, ya ama a Dios, pero por el momento aún por su propio bien, no por el bien de Dios. Sin embargo, hay cierta prudencia en saber qué puedes hacer por ti mismo y qué con la ayuda de Dios, y en mantenerte sin ofender a Aquel que te mantiene a salvo. Pero si las tribulaciones son frecuentes, por las cuales también se vuelve frecuentemente a Dios, y de Dios se obtiene igualmente frecuente liberación, ¿no es necesario que, aunque el corazón sea de hierro o de piedra, al ser liberado tantas veces, se ablande ante la gracia del liberador, de modo que el hombre ame a Dios, no solo por su propio bien, sino también por el bien de

Dios? Por la ocasión de las frecuentes necesidades, es necesario que las frecuentes intercesiones hagan que el hombre frecuente a Dios, al frecuentarlo lo pruebe, y al probarlo, compruebe cuán dulce es el Señor. Así sucede que para amar puramente a Dios, la dulzura probada de Dios atrae más que la urgencia de nuestra necesidad; de modo que, siguiendo el ejemplo de los samaritanos que dijeron a la mujer que les había anunciado la presencia del Señor: "Ya no creemos por tu palabra, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que Él es verdaderamente el Salvador del mundo" (Juan 4, 42); así también nosotros, hablando a nuestra carne, podemos decir con razón: "Ya no amamos a Dios por tu necesidad; porque nosotros mismos hemos probado y sabemos que el Señor es dulce". La necesidad es una especie de lenguaje de la carne, y los beneficios que experimenta, los proclama con entusiasmo. Así, para quien está afectado de esta manera, ya no será difícil cumplir el mandamiento de amar al prójimo. Pues verdaderamente ama a Dios, y por lo tanto ama lo que es de Dios. Ama castamente, y al casto no le pesa obedecer el mandamiento, purificando más su corazón, como está escrito, en la obediencia de la caridad (1 Pedro 1, 22). Ama justamente, y el mandamiento justo lo abraza con gusto. Este amor es merecidamente grato, porque es gratuito. Es casto, porque no se ofrece de palabra ni de lengua, sino de obra y en verdad. Es justo, porque tal como se recibe, así se devuelve. Pues quien ama de esta manera, ama sin duda de la misma manera en que es amado; buscando también él, a su vez, no lo que es suyo, sino lo que es de Jesucristo, así como Él buscó lo nuestro, o más bien, a nosotros, y no lo suyo. Así ama quien dice: "Confesad al Señor porque es bueno" (Salmo 117, 1). Quien confiesa al Señor, no porque es bueno para él, sino porque es bueno; este verdaderamente ama a Dios por Dios, y no por sí mismo. No así ama aquel de quien se dice: "Te confesará cuando le hagas bien" (Salmo 48, 19). Este es el tercer grado del amor, en el que ya se ama a Dios por sí mismo.

CAPÍTULO X. Del cuarto grado del amor cuando el hombre no se ama a sí mismo sino por Dios.

27. Feliz quien ha merecido llegar hasta el cuarto grado, de modo que el hombre no se ame a sí mismo sino por Dios. Tu justicia, Dios, es como los montes de Dios (Salmo 36, 7). Este amor es un monte, y un monte de Dios elevado. Verdaderamente un monte coagulado, un monte fértil (Salmo 68, 16). ¿Quién subirá al monte del Señor? (Salmo 23, 3). ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré? (Salmo 54, 7). Este lugar se ha hecho en paz, y esta morada en Sion (Salmo 75, 3). ¡Ay de mí, porque mi estancia se ha prolongado! (Salmo 119, 5). ¿Cuándo podrá la carne y la sangre, el vaso de barro, la morada terrenal, experimentar esto? ¿Cuándo experimentará este afecto, de modo que el alma, embriagada de amor divino, olvidada de sí misma, y hecha para sí misma como un vaso perdido, se dirija toda hacia Dios, y adhiriéndose a Dios, se haga un solo espíritu con Él (1 Corintios 6, 17), y diga: "Mi carne y mi corazón desfallecen, Dios es la roca de mi corazón, y mi porción es Dios para siempre" (Salmo 73, 26)? Diría bienaventurado y santo a quien se le ha concedido experimentar algo así en esta vida mortal, aunque sea rara vez, o incluso una sola vez, y eso mismo rápidamente, y apenas por un momento. Perderse a ti mismo de alguna manera, como si no existieras, y no sentirte en absoluto, y vaciarte de ti mismo, y casi anularte, es una conversación celestial, no un afecto humano. Y si de los mortales alguien es admitido a eso rápidamente a veces (como se ha dicho) y por un momento, de repente el mundo malvado envidia, la malicia del día perturba, el cuerpo de muerte pesa, la necesidad de la carne solicita, la debilidad de la corrupción no soporta, y lo que es más violento que esto, la caridad fraterna llama de vuelta. ¡Ay! Se ve obligado a volver a sí mismo, a recaer en lo suyo, y a exclamar miserablemente: "Señor, sufro violencia, responde por mí" (Isaías 38, 14); y aquello, "¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Romanos 7, 24).

28. Sin embargo, dado que la Escritura dice que Dios hizo todas las cosas para sí mismo; será, sin duda, que la creación se conforme y concuerde alguna vez con su Autor. Por lo tanto, es necesario que en algún momento pasemos al mismo afecto: para que así como Dios quiso que todo existiera para sí mismo, así también nosotros no queramos haber sido, ni ser, ni otra cosa alguna, sino igualmente para Él, por su sola voluntad, no por nuestro placer. Ciertamente nos deleitará no tanto nuestra necesidad satisfecha o nuestra felicidad alcanzada, como el hecho de que su voluntad se vea cumplida en nosotros y de nosotros: lo que también pedimos diariamente en la oración cuando decimos: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" (Mateo 6, 10). ¡Oh amor santo y casto! ¡Oh dulce y suave afecto! ¡Oh pura y refinada intención de la voluntad! Ciertamente, más refinada y pura cuanto menos queda ya de lo propio en ella: más dulce y suave cuanto todo lo que se siente es divino. Estar así afectado es ser deificado. Así como una pequeña gota de agua, infundida en mucho vino, parece perderse por completo, mientras asume el sabor y el color del vino; y como el hierro al rojo vivo y candente se vuelve muy similar al fuego, despojado de su forma propia y original; y como el aire impregnado de la luz del sol se transforma en la misma claridad de la luz, de modo que no parece tanto iluminado como ser la misma luz: así será necesario que toda afectación humana en los santos se disuelva de alguna manera inefable de sí misma, y se transfunda completamente en la voluntad de Dios. De lo contrario, ¿cómo será Dios todo en todos, si en el hombre queda algo de lo humano? Permanecerá ciertamente la sustancia, pero en otra forma, otra gloria, y otro poder. ¿Cuándo será esto? ¿Quién lo verá? ¿Quién lo poseerá? ¿Cuándo vendré y me presentaré ante la faz de Dios? (Salmo 41, 3). Señor Dios mío, mi corazón te ha dicho, mi rostro te ha buscado; tu rostro, Señor, buscaré (Salmo 26, 8). ¿Crees que veré tu santo templo?

29. Creo que no se cumplirá perfectamente "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza" (Mateo 22, 37); hasta que el corazón mismo ya no se vea obligado a pensar en el cuerpo, y el alma deje de atender a vivificar y dar sentido en este estado, y su fuerza, liberada de las molestias, se fortalezca en el poder de Dios. Pues es imposible reunir todo esto completamente hacia Dios y fijarlo en su rostro divino, mientras sea necesario que sirva a este cuerpo frágil y afligido. Por lo tanto, en un cuerpo espiritual e inmortal, en un cuerpo íntegro, apacible y agradable, y en todo sujeto al espíritu, el alma puede esperar alcanzar el cuarto grado del amor, o más bien ser alcanzada en él: ya que es potestad de Dios darlo a quien quiere, no de la industria humana alcanzarlo. Entonces, digo, alcanzará fácilmente el grado supremo, cuando ninguna atracción de la carne la retarde, ninguna molestia la perturbe, mientras se apresura con prontitud y avidez al gozo de su Señor. ¿Creemos, sin embargo, que los santos mártires alcanzaron esta gracia al menos en parte, estando aún en esos cuerpos victoriosos? La gran fuerza del amor ciertamente había arrebatado hacia adentro a esas almas, por lo que pudieron exponer así sus cuerpos y despreciar los tormentos. Pero sin duda, el sentido del dolor más agudo no pudo dejar de turbar la serenidad, aunque no de perturbarla.

CAPÍTULO XI. Esta perfección del amor no corresponde ni siquiera a las almas de los bienaventurados liberadas, antes de la resurrección.

30. ¿Y qué hay de las que ya están liberadas de los cuerpos? Creemos que están inmersas por completo en ese inmenso mar de luz eterna y de eternidad luminosa. Pero si (lo que no se niega) desean haber recuperado sus cuerpos, o ciertamente desean y esperan recibirlos; está claro, sin duda, que aún no están completamente transformadas de sí mismas, ya que no se han despojado completamente de lo propio, a lo que se vuelve al menos un poco la intención. Por lo tanto, hasta que la muerte sea absorbida en victoria, y la luz perenne invada y ocupe por completo los límites de la noche, de modo que la gloria celestial resplandezca también en

los cuerpos; las almas no pueden exponerse completamente a sí mismas y pasar a Dios, ciertamente ligadas a los cuerpos incluso entonces, aunque no por vida o sentido, ciertamente por afecto natural, de modo que sin ellos ni quieren ni pueden ser consumadas. Por lo tanto, antes de la restauración de los cuerpos no habrá esa desaparición de las almas, que es su estado perfecto y supremo: ni el espíritu requeriría ya la compañía de la carne, si se consumara sin ella. En verdad, sin el progreso del alma, ni se deposita el cuerpo, ni se retoma. De hecho, preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Salmo 115, 15). Si la muerte es preciosa, ¿qué será la vida, y esa vida? No es de extrañar que el cuerpo ya parezca conferir gloria al espíritu, cuando se sabe que siendo débil y mortal, no le ha sido de poca utilidad. ¡Oh, cuán verdadero es lo que dijo aquel que afirmó que a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien (Romanos 8, 28). El cuerpo débil le es útil al alma que ama a Dios, le es útil muerto, le es útil resucitado: primero para el fruto del arrepentimiento, segundo para el descanso, finalmente para la consumación. Con razón no quiere ser perfeccionada sin él, porque siente que en todo estado le sirve para bien.

31. La carne es ciertamente un buen y fiel compañero del buen espíritu, que lo ayuda si lo carga; o si no lo ayuda, lo descarga; o ciertamente lo ayuda y no lo carga. El primer estado es laborioso, pero fructífero: el segundo es ocioso, pero no fastidioso: el tercero es glorioso. Escucha también al esposo en el Cantar de los Cantares invitando a este triple progreso. "Comed", dice, "amigos, y bebed; y embriagaos, carísimos" (Cantar de los Cantares 5, 1). Llama a comer a los que trabajan en el cuerpo: invita a beber a los que ya han dejado el cuerpo: a los que retoman los cuerpos, incluso los impulsa a embriagarse: a quienes llama carísimos, ciertamente llenos de caridad. Pues incluso entre los demás, a quienes no llama carísimos, sino amigos, hay diferencia: de modo que aquellos que aún gimen cargados en la carne, son considerados queridos por la caridad que tienen: pero aquellos que ya están liberados de la cadena de la carne, son más queridos, cuanto más prontos y expeditos se han hecho para amar. Por lo tanto, con razón se les llama y son carísimos, quienes ya han recibido la segunda estola, en cuerpos resucitados con gloria, y se apresuran con mayor libertad y alegría al amor de Dios, cuanto más ya no queda nada de lo propio que los preocupe o retrase. Lo cual ninguno de los otros estados reclama para sí; ya que en el primero el cuerpo se lleva con trabajo, y en el segundo también se espera no sin alguna propiedad de deseo.

32. Por lo tanto, primero el alma fiel come su pan, pero ¡ay! en el sudor de su rostro. Pues permaneciendo aún en la carne, camina por la fe, que ciertamente debe obrar por amor: porque si no obra, está muerta. Además, la misma obra es alimento, como dice el Señor: "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre" (Juan 4, 34). Luego, despojada de la carne, ya no se alimenta del pan del dolor; sino que se le permite beber más plenamente el vino del amor, como después de la comida, no puro, sin embargo, sino como se dice bajo el nombre del esposo en el Cantar de los Cantares: "bebí mi vino con mi leche" (Cantar de los Cantares 5, 1). Pues al vino del amor divino, incluso entonces el alma mezcla la dulzura de la afectación natural, con la que desea recuperar su cuerpo y glorificarlo. Por lo tanto, ya entonces, el alma bebida con el vino de la santa caridad arde, pero ciertamente aún no hasta la embriaguez: porque mientras tanto, la mezcla de esta leche modera ese ardor. La embriaguez suele trastornar las mentes y hacerlas completamente olvidadizas de sí mismas. Pero no está completamente olvidada de sí misma, quien aún piensa en resucitar su propio cuerpo. Sin embargo, una vez obtenido esto, que era lo único que faltaba, ¿qué impide ya irse de sí misma de alguna manera, e ir toda hacia Dios, y hacerse completamente disímil a sí misma, cuanto más se le concede hacerse semejante a Dios? Entonces, finalmente, admitida al cáliz de la sabiduría, aquel del que se lee: "Y mi copa que embriaga, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo 22, 5). ¿Qué maravilla si ya se embriaga de la abundancia de la casa de Dios, cuando sin ninguna

preocupación mordaz de lo propio, bebe segura ese vino puro y nuevo con Cristo en el reino de su Padre?

33. Esta triple fiesta la celebra la Sabiduría, y la completa con un solo amor, alimentando a los que trabajan, dando de beber a los que descansan, embriagando a los que reinan. Pero así como en un banquete corporal se sirve primero la comida antes que la bebida, porque así lo requiere el orden natural; así también aquí. Primero, antes de la muerte, en la carne mortal comemos los trabajos de nuestras manos, masticando con trabajo lo que debe ser tragado: después de la muerte, en la vida espiritual, ya bebemos, colando con una suavidad muy agradable lo que se percibe: finalmente, con los cuerpos revividos en la vida inmortal, nos embriagamos, rebotando con una plenitud maravillosa. Esto es lo que el esposo dice en el Cantar de los Cantares: "Comed, amigos, y bebed; y embriagaos, carísimos". Comed antes de la muerte, bebed después de la muerte, embriagaos después de la resurrección. Con razón ya carísimos, quienes se embriagan de caridad: y con razón embriagados, quienes merecen ser introducidos a las bodas del Cordero, comiendo y bebiendo en su mesa en su reino, cuando ya se presenta a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante (Efesios 5, 27). Entonces ciertamente embriaga a sus carísimos, entonces los sacia con el torrente de su delicia (Salmo 36, 9): porque en ese abrazo tan estrecho y casto del esposo y la esposa, el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios (Salmo 46, 5). No creo que sea otra cosa que el Hijo de Dios, que pasando sirve, como Él mismo prometió (Lucas 12, 37): para que desde entonces los justos se banqueteen y se regocijen en la presencia de Dios, y se deleiten en la alegría (Salmo 68, 4). De aquí proviene esa saciedad sin hastío: de aquí esa insaciable curiosidad sin inquietud: de aquí ese deseo eterno e inexplicable, que no conoce la indigencia: de aquí, finalmente, esa sobria embriaguez, no embriagándose con vino, sino ardiendo en Dios. Desde entonces, ya se posee perpetuamente ese cuarto grado del amor, cuando Dios es amado sumamente y solo: porque ya no nos amamos a nosotros mismos sino por Él, para que Él sea la recompensa eterna de los que lo aman, la recompensa eterna de los que lo aman eternamente.

CAPÍTULO XII. De la caridad según la carta escrita a los Cartujos.

34. Recuerdo que hace tiempo escribí una carta a los santos hermanos Cartujos, y en ella discutí, entre otras cosas, sobre estos mismos grados (Epist. 11). Sin embargo, tal vez hablé allí de otras cosas, aunque no ajenas, sobre la caridad; y por eso considero no inútil añadir algunas de esas reflexiones a este discurso: especialmente porque me resulta más fácil transcribir lo ya dictado que dictar de nuevo algo nuevo. Esa, digo, es la verdadera y sincera caridad, y debe ser reconocida como procedente de un corazón puro, una buena conciencia y una fe no fingida, con la cual amamos el bien del prójimo tanto como el nuestro. Porque quien ama más, o ciertamente solo, lo suyo, se demuestra que no ama castamente el bien, que ciertamente ama por sí mismo, no por el bien en sí. Y tal persona no puede obedecer al profeta, que dice: Alabad al Señor, porque Él es bueno (Salmo 117, 1). Confiesa, ciertamente, porque tal vez es bueno para él, pero no porque es bueno en sí mismo. Por lo tanto, sepa que en él se dirige esa reprensión del mismo profeta: Te alabará cuando le hagas bien (Salmo 48, 19). Hay quien alaba al Señor porque es poderoso, y hay quien alaba porque es bueno para él, y también quien alaba porque es simplemente bueno. El primero es un siervo, y teme por sí mismo; el segundo, un mercenario, y desea para sí mismo; el tercero, un hijo, y honra al padre. Así que tanto el que teme como el que desea, ambos actúan por sí mismos. Solo la caridad que está en el hijo no busca lo suyo (1 Cor. 13, 5). Por eso creo que se dice de ella: La ley del Señor es inmaculada, convierte las almas (Salmo 18, 8): porque es la única que puede convertir el alma del amor propio y del mundo, y dirigirla hacia Dios. Ni el temor ni el

amor privado convierten el alma. A veces cambian el rostro o la acción; nunca el afecto. A veces también el siervo hace la obra de Dios: pero porque no lo hace de buena gana, se le reconoce que permanece en su dureza. También lo hace el mercenario: pero porque no lo hace gratuitamente, se le demuestra que es arrastrado por su propia codicia. Donde hay propiedad, hay singularidad, hay un rincón: donde hay un rincón, sin duda hay suciedad o herrumbre. Por lo tanto, que el siervo tenga su ley, el mismo temor que lo constriñe; que el mercenario tenga su codicia, por la cual también él es constreñido, cuando es tentado, arrastrado y seducido. Pero ninguna de estas es sin mancha, ni puede convertir las almas. La caridad, sin embargo, convierte las almas, las cuales también hace voluntarias.

35. Además, diría que es inmaculada porque no retiene nada de lo suyo. Pues quien no tiene nada propio, todo lo que tiene es de Dios: y lo que es de Dios no puede ser impuro. Por lo tanto, la ley del Señor es inmaculada, la caridad: que no busca lo que es útil para sí, sino lo que es útil para muchos. Se dice la ley del Señor, ya sea porque Él vive de ella, o porque nadie la posee sino por su don. No parece absurdo que haya dicho que incluso Dios vive de la ley: ya que no he dicho otra cosa que la caridad. ¿Y qué conserva en la suma y bienaventurada Trinidad esa suma e inefable unidad, sino la caridad? Por lo tanto, es ley, y ley del Señor, la caridad, que de algún modo mantiene y une a la Trinidad en unidad en el vínculo de la paz. Sin embargo, nadie debe pensar que aquí tomo la caridad como una cualidad o algún accidente (de lo contrario, diría que en Dios hay algo que Dios no es, lo cual es impensable), sino como esa sustancia divina: lo cual ciertamente no es nuevo ni inusual, como dice Juan, Dios es caridad (1 Juan 4, 8). Por lo tanto, se dice correctamente tanto caridad, como Dios, y don de Dios. Así que la caridad da caridad, sustantiva accidental. Donde significa al dador, es un nombre de sustancia: donde es don, es de cualidad. Esta es la ley eterna, creadora y gobernadora del universo. Pues en peso, medida y número, por ella fueron hechas todas las cosas, y nada queda sin ley, ya que incluso la ley de todas las cosas no está sin ley, no obstante, no otra que ella misma: por la cual, aunque no se creó a sí misma, se gobierna.

CAPÍTULO XIII. De la ley de la propia voluntad y codicia, de los siervos y mercenarios.

36. Sin embargo, el siervo y el mercenario tienen una ley, no del Señor, sino que ellos mismos se la hicieron: aquel por no amar a Dios, este por amar más a otra cosa. Tienen, digo, una ley no del Señor, sino suya; sin embargo, sujeta a la que es del Señor. Y ciertamente cada uno pudo hacerse su propia ley: pero no pudieron sustraerla al orden inmutable de la ley eterna. Entonces diría que cada uno se hizo su propia ley, cuando prefirió su propia voluntad a la ley común y eterna, queriendo perversamente imitar a su Creador: para que, así como Él es su propia ley y de su propio derecho, así también él se gobernara a sí mismo, y se hiciera su propia voluntad como ley. Un yugo ciertamente grave e insoportable sobre todos los hijos de Adán, ¡ay! inclinando y encorvando nuestros cuellos, de modo que nuestra vida se ha acercado al infierno (Salmo 87, 4). ¡Infeliz de mí, quién me librará de este cuerpo de muerte! (Rom. 7, 24) bajo el cual ciertamente estoy oprimido, y casi aplastado, de modo que si no fuera porque el Señor me ayudó, casi habría habitado mi alma en el infierno (Salmo 93, 17). Bajo este peso gemía quien decía: ¿Por qué me has puesto contrario a ti, y me he vuelto pesado para mí mismo? Donde dijo, Me he vuelto pesado para mí mismo, mostró que él mismo era su propia ley, y que nadie más que él mismo se lo había hecho. Pero cuando, hablando con Dios, dijo antes, Me has puesto contrario a ti; indicó que no había escapado de la ley de Dios. Esto ciertamente pertenecía a la eterna y justa ley de Dios, que quien no quiso ser gobernado suavemente por Dios, fuera gobernado penalmente por sí mismo: y quien voluntariamente rechazó el yugo suave y la carga ligera de la caridad, soportara involuntariamente la carga insoportable de su propia voluntad. De modo admirable y justo, la

ley eterna puso a su fugitivo contrario a sí mismo, y lo retuvo sujeto: ya que no escapó de la ley por sus méritos; pero no permaneció con Dios en su luz, en su descanso, en su gloria, sujeto al poder, y alejado de la felicidad. Señor mi Dios, ¿por qué no quitas mi pecado, y por qué no apartas mi iniquidad? (Job 7, 20, 21) para que, desechada la pesada carga de mi propia voluntad, descanse bajo la carga ligera de la caridad; y no sea ya restringido por el temor servil, ni seducido por la codicia mercenaria: sino que sea guiado por tu espíritu, el espíritu de libertad, por el cual son guiados tus hijos, que dé testimonio a mi espíritu, que yo también soy uno de los hijos (Rom. 8, 14-16), mientras la misma ley sea para mí que para ti; y como tú eres, así también yo sea en este mundo. Aquellos que hacen lo que dice el Apóstol, No debáis nada a nadie, sino amaros unos a otros (Rom. 13, 8); sin duda, como Dios es, también ellos son en este mundo: y no son siervos ni mercenarios, sino hijos.

CAPÍTULO XIV. De la ley de la caridad de los hijos.

37. Por lo tanto, tampoco los hijos están sin ley, a menos que alguien piense de otra manera por lo que está escrito: La ley no está puesta para los justos (1 Tim. 1, 9). Pero debe saberse que una es la ley promulgada por el espíritu de servidumbre en el temor; otra es la dada por el espíritu de libertad en la suavidad. Los hijos no están obligados a estar bajo aquella; ni se les permite estar sin esta. ¿Quieres oír que la ley no está puesta para los justos? No habéis recibido, dice, el espíritu de servidumbre otra vez para temer. ¿Quieres oír que, sin embargo, no están sin la ley de la caridad? Sino que habéis recibido, dice, el espíritu de adopción de hijos (Rom. 8, 15). Finalmente, escucha al justo confesando ambos de sí mismo, que no está bajo la ley, ni sin embargo está sin ley. Me he hecho, dice, a los que estaban bajo la ley, como si estuviera bajo la ley; aunque yo mismo no estaba bajo la ley: a los que estaban sin ley, como si estuviera sin ley; aunque no estaba sin la ley de Dios, sino en la ley de Cristo (1 Cor. 9, 21). Por lo tanto, no se dice adecuadamente, Los justos no tienen ley, o, Los justos están sin ley: sino, La ley no está puesta para los justos; es decir, no impuesta como a los que no quieren, sino dada liberalmente a los que quieren, inspirada suavemente. Por eso, el Señor dice bellamente, Tomad mi yugo sobre vosotros (Mat. 11, 29): como si dijera, No lo impongo a los que no quieren, sino que vosotros lo toméis si queréis; de lo contrario, no encontraréis descanso, sino trabajo para vuestras almas.

38. Buena es, por lo tanto, la ley de la caridad, y suave: que no solo se lleva ligera y suavemente, sino que también hace que las leyes de los siervos y mercenarios sean llevaderas y ligeras, las cuales ciertamente no destruye, sino que hace que se cumplan, diciendo el Señor: No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. 5, 17). La templa, la adorna, y aligera ambas. Nunca habrá caridad sin temor, pero casto: nunca sin codicia, pero ordenada. Por lo tanto, la caridad cumple la ley del siervo, cuando infunde devoción: y cumple la del mercenario, cuando ordena la codicia. Además, la devoción mezclada con el temor no lo anula, sino que lo purifica. Solo se quita la pena, sin la cual no pudo estar mientras fue servil; y el temor permanece para siempre casto y filial. Porque lo que se lee, La caridad perfecta echa fuera el temor (1 Juan 4, 18); se entiende la pena, que, como dijimos, nunca falta al temor servil, en ese tipo de expresión, donde a menudo se pone la causa por el efecto. Luego, la codicia se ordena correctamente por la caridad sobrevenida, cuando se rechazan completamente los males, y se prefieren los bienes mejores, y no se desean los bienes sino por los mejores. Cuando esto se haya logrado plenamente por la gracia de Dios, se amará el cuerpo, y todos los bienes del cuerpo solo por el alma, el alma por Dios, y Dios por sí mismo.

CAPÍTULO XV. De los cuatro grados del amor, y el feliz estado de la patria celestial.

39. Sin embargo, dado que somos carnales, y nacemos de la concupiscencia de la carne, es necesario que nuestra codicia o amor comience por la carne; que si se dirige en el orden correcto, progresando con ciertos grados bajo la guía de la gracia, finalmente se consumará en el espíritu: porque no es primero lo que es espiritual, sino lo que es animal, luego lo que es espiritual (1 Cor. 15, 46). Y primero es necesario llevar la imagen del terrenal, luego la del celestial. En primer lugar, por lo tanto, el hombre se ama a sí mismo por sí mismo; pues es carne, y no puede saber nada más allá de sí mismo. Y cuando ve que no puede subsistir por sí mismo, comienza a buscar a Dios por la fe como necesario para él, y a amarlo. Ama, por lo tanto, en el segundo grado a Dios, pero por sí mismo, no por Él. Pero cuando comienza a cultivar y frecuentar a Dios por ocasión de su propia necesidad, pensando, leyendo, orando, obedeciendo, por una cierta familiaridad de este tipo, poco a poco Dios se le da a conocer, y consecuentemente se le hace dulce: y así, habiendo probado cuán suave es el Señor, pasa al tercer grado, para amar a Dios, no ya por sí mismo, sino por Él. Ciertamente, en este grado se permanece mucho tiempo: y no sé si alguien en esta vida alcanza perfectamente el cuarto, para que el hombre se ame a sí mismo solo por Dios. Que lo afirmen aquellos que lo han experimentado: confieso que me parece imposible. Pero sin duda será, cuando el buen y fiel siervo sea introducido en el gozo de su Señor (Mat. 25, 21), y embriagado con la abundancia de la casa de Dios (Salmo 35, 9). Pues como de un modo maravilloso olvidado de sí mismo, y como si de sí mismo desfalleciera completamente, se dirigirá todo a Dios: y de ahí en adelante, adhiriéndose a Él, será un solo espíritu con Él (1 Cor. 6, 17). Creo que esto sintió el Profeta cuando dijo: Entraré en las potencias del Señor; Señor, me acordaré solo de tu justicia (Salmo 70, 16). Sabía ciertamente que cuando entrara en las potencias espirituales del Señor, sería despojado de todas las debilidades de la carne: de modo que ya no tendría nada que pensar de la carne, sino que todo en el espíritu se acordaría solo de la justicia del Señor.

40. Entonces, con certeza, cada uno de los miembros de Cristo podrá decir de sí mismo lo que Pablo decía de la cabeza: Aunque conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (2 Cor. 5, 16). Nadie allí se conocerá según la carne: porque carne y sangre no heredarán el reino de Dios. No porque allí no vaya a estar la sustancia de la carne; sino porque toda relación carnal habrá desaparecido, y el amor de la carne será absorbido por el amor del espíritu; y las afectaciones humanas débiles, que ahora son, se habrán transformado en ciertas divinas. Entonces, la red de la caridad, que ahora, arrastrada por este gran y espacioso mar, no cesa de congregar de todo tipo de peces, cuando sea llevada a la orilla, arrojando fuera a los malos, solo retendrá a los buenos (Mat. 13, 47, 48). Pues en esta vida, de todo tipo de peces, dentro del seno de su amplitud, la red de la caridad los encierra: donde, por el momento, conformándose a todos, y llevando en sí misma tanto las adversidades como las prosperidades de todos, y haciéndolas de algún modo suyas, no solo se acostumbra a alegrarse con los que se alegran, sino también a llorar con los que lloran (Rom. 12, 15). Pero cuando llegue a la orilla, como si arrojara fuera los peces malos, todo lo que sufre tristeza, solo retendrá lo que puede ser agradable y placentero. ¿Acaso entonces, por ejemplo, Pablo se debilitará con los débiles, o se quemará por los escandalizados (2 Cor. 11, 29), donde los escándalos y la debilidad estarán lejos? ¿O ciertamente llorará por aquellos que no hacen penitencia (2 Cor. 12, 21), donde es seguro que no habrá ni pecador ni penitente? Pero lejos esté que en esa ciudad, que el impulso del río alegra, y cuyas puertas ama el Señor sobre todas las moradas de Jacob: que en las moradas, aunque a veces se goza de la victoria, se lucha en la batalla, y a menudo se corre peligro de vida: pero en esa patria no se admite ninguna adversidad o tristeza, como se canta de ella, Como la morada de todos los que se alegran es en ti (Salmo 86, 2, 7): y de nuevo, Alegría sempiterna será para ellos (Isaías 61, 7). Finalmente, ¿cómo se recordará de las misericordias, donde se recordará solo de la justicia de

Dios? Por lo tanto, donde ya no habrá lugar para la miseria, ni tiempo para la misericordia; ciertamente no podrá haber afecto de compasión.